

Ida y vuelta**DANIEL
VÁZQUEZ SALLÉS****Monumento
al turista
anónimo**

Para ocultar la mala conciencia por la barbarie de las guerras, los humanos construimos centenares de monumentos al soldado desconocido y encendemos el pebetero en días señalados. En tiempos de paz, no estaría mal erigir monumentos al turista anónimo, ese que otra vez fue considerado un viajero, y que en la sociedad del *low cost* se conforma con el grado de turista oculto.

Los alemanes han sido el ejemplo de viajar con la casa a cuestas, y allá dónde van –Baleares, Croacia o Turquía– lo convierten en una pequeña Alemania. Este fenómeno es propio de pueblos que están encantados de haberse conocido, una manifestación de autocomplacencia que, tras el triunfo en el Mundial, también se está dando en los españoles que recorren el mundo portando la camiseta de la selección como marca registrada.

Nunca he entendido la necesidad de enunciar tu lugar de origen cuando viajas. Quizás el problema está en que al turista accidental, tan bien descrito por Lawrence Kasdan en la película *The accidental tourist*, se le debe sumar el turista por obligación, ese que viaja por imperativo social o por lo que dirá su entorno si no viaja en época vacacional. Lo mejor de ser un turista es el anonimato, abandonar tu yo habitual, renunciar a tu marido, a tu mujer, a tu padre, a tu madre, a tus hijos o a tu perro si el cuerpo te lo pide, para convertirte en príncipe de islas invisibles o naufrago de otras islas visibles. El turista anónimo no tiene que pretender ser ciudadano del mundo ni del universo. Tan sólo pasar desapercibido ya es una buena razón para merecer gratitud, con un monumento sin un ostentoso pebetero en la base.